

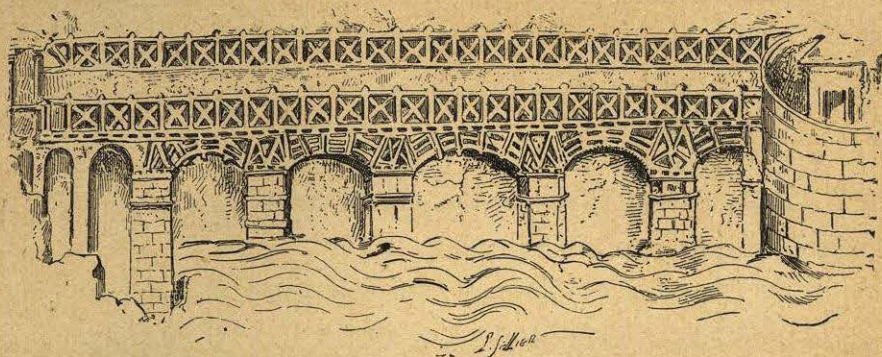
DG 285

3

C34

v.3

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



## CAPÍTULO PRIMERO

### LA PROCLAMACIÓN

— ¿Respira todavía? — preguntó al médico la emperatriz cuando ya estaba el cuerpo de Claudio tendido en su lecho imperial, y á sus dos lados Octavia y Británico llenando los vívidos aires de sollozos fúnebres y aquellos mortales despojos de amantísimos besos.

— Reventó — dijo con espartana concisión el Esculapio.

— Pues precisa ocultar aún la muerte de Claudio, si hemos de continuar en el mundo todos nosotros.

— Manda — murmuró el eterno ejecutor de sus obras al oído de la emperatriz, el desalmado Vitelio.

— Que me aseguren á Narciso — exclamó Agripina, recordando el amigo fiel y singular de Claudio.

— Haces bien al dar semejante orden; si aquí estuviera, no pasara cuanto está pasando — dijo Vitelio.

— Que salgan los esclavos y pregonen á grandes voces como ha mejorado en su indisposición el emperador — mandó Agripina.

— Que salgan — dijo Vitelio.

Y salieron.

— Que las orquestas vuelvan á sonar.

— Pues que suenen.

Y sonaron.

— Que los mimos y actores continúen representando sus farsas.

— Continúen.

Y continuaron.

— Que dancen aún las bailarinas.

— Que dancen.

Y danzaron.

— Bueno, Vitelio. La gente pretoriana, guarnecedora hoy del palacio, ningún recelo me inspira.

— Puedes echarte á dormir, Agripina, si guardan tu sueño.

— ¿Acampa la legión germánica en los pies del Palatino?

— Acampa.

— Nada podemos temer guarecidos por tales defensas.

— Así lo creo.

— Rematemos la obra en un momento; hagamos emperador á Nerón.

— ¡Agripina! — dijo Vitelio, invocando el nombre de la emperatriz con terrible acento trágico.

— ¡Vitelio! — respondió Agripina con la mayor naturalidad del mundo.

— ¿Te acuerdas del horóscopo?

— No te descuelgues en este momento con tamañas monsergas Me acuerdo.

— Nerón vino al mundo en el momento de rayar la aurora.

— Y como resplandeciese todo su cuerpo cual un astro, dijeron los adivinos que sería emperador, y eso basta.

— Mas también dijeron los adivinos, por las revelaciones de la conjunción en los astros, que mataría el cuitado á su madre.

— Nunca hice caso de tal horóscopo.

— Tomas de él ahora la parte que te conviene.

— Justo.

— Pues el dulzor presente habrán de amargar con exacerbaciones mayores las venideras amarguras.

— Gocemos ahora de la victoria. Ya peharemos con el destino.

— ¡Agripina!

— También dijo la profecía, cuando Nerón, de niño, amaneció una mañana en la cuna con larga piel de serpiente al cuello enroscada, que recibiría señalado favor de la muerte del viejo Claudio.

— Como que las serpientes, al despojarse de su piel, se despojan de la vejez también — observó el observador Vitelio.

— Todos los oráculos ¡ah! se han cumplido.

— Verdad. Y el cumplimiento de los favorables debe servirte á conjurar, Agripina, el cumplimiento de los adversos.

— Que nunca se cumplieran, si nosotros descuidáramos un mínimo esfuerzo en su realización y cumplimiento.

— Hágase tu voluntad.

— Conozco, Vitelio, todo el cuidado que pide un muchacho cuando todavía no ha cumplido cuatro lustros, y lo sostendré al borde obscuro de los abismos y lo salvaré con mi deseo intensísimo de salvarle, gastando para ello todas las fuerzas de mi soberana voluntad.

— No te olvides, Agripina, del derecho que asiste á Británico, unigénito de Claudio.

— No me olvido. Por lo mismo que su competidor, el hijo mío, no tiene tantos derechos como él, exige su proclamación mayor esfuerzo. Pero si Británico es hijo legal de Claudio, pues conociendo á la infeliz Mesalina, imposible asegurar sea legítimo ni natural ni verdadero, tiene hoy en su pro Nerón indudablemente cosa de los romanos tan venerada, y en realidad tan veneranda, como su adopción, hecha con todos los requisitos demandados por las leyes, como hacía estas cosas el difunto, verdadero jurisperito.

— Sea en buen hora.

— ¡Nerón! — dijo Agripina, llamando con imperio al príncipe.

— ¡Madre! — dijo Nerón temblando.

— Bésame.

— Te beso, madre mía, en los ojos y en los labios.

— Cuanto de mí dependió en este logro de la corona para ti, todo se ha hecho. Ahora debes entrar tú en escena.

— Entraré — dijo el mozo con resolución.

— Muéstrate arrogante.

— Me mostraré.

Y con su flexibilidad natural de actor fingió actitudes tales de arrogancia, que parecía ya en el trono.

— Muéstrate resuelto.

— Nada tan fácil como las apariencias de una resolución inquebrantable y continua en mí.

— Acuérdate de Germánico, tu abuelo, cuando á las legiones

te presentes, y exige á éstas por tu prestación militar su indeclinable sumisión á tu altísima persona, en quien deben descubrir á su llorado general en persona.

— Seré militar.

Y Nerón tomó actitudes pretorianescas, en las cuales algo se revelaba, por lo violentas, el artificio de un cómico.

— No vayas á representar el soldado fanfarrón de nuestro antiguo teatro — díjole la madre, al observar en su hijo más el aire matonesco propio de una escena teatral que la nativa majestad propia de un general por excelencia, como lo fuera de suyo el excelso Germánico.

— Pero te olvidas, Agripina — observó el diligente y precavido Vitelio, — que necesita Nerón su arenga preparada con acierto al ejército.

— Verdad.

— Pues despáchate á componerla.

— ¿Yo?

— Tú ó cualquier otra persona. Imposible que falte arenga.

— Llamad al filósofo, quien se pinta solo para estas retóricas.

— ¡Séneca! — gritó Vitelio, dirigiéndose á un grupo donde se hallaban los poetas y los estoicos reunidos, comentando á su sabor los sucesos, con un aire de indiferencia tal que diríais pasaba lo sucedido á cien leguas.

— ¡Vitelio! — respondió Séneca sumiso, pues harto conocía la grande autoridad ejercida sobre la emperatriz por aquel avieso privado.

— Se necesita una oración para que la recite nuestro emperador nuevo en los cuarteles, al notificarles de viva voz la muerte del viejo emperador en los festines. Así Agripina lo manda.

— Pues mandándolo Agripina, sólo me toca obedecer á mí. Manos á la obra. Nerón, como buen recitador, aprenderá de coro y dirá de corrido todo cuanto yo saque del magín mío y traslade á sus labios.

— Soldados — escribía Séneca, recitando á viva voz lo escrito, — soldados, estoy dispuesto á colmaros de beneficios. Pero me recataré de anunciároslos para que su verdad exceda en mucho á mis promesas y el cumplimiento suyo á las esperanzas vuestras. Cuan-

do se da en rostro á cualquiera con el bien prometido y hecho, conviértese por necesidad en ultraje. Para estar próximo á vuestra dignidad, estará mi ánimo alejado de toda soberbia. ¿A qué las arrogancias en el rostro y las hinchazones en el estilo? Vosotros lo aceptaréis todo sin humillación, porque yo todo lo concederé sin jactancia. Callarán las palabras por lo mismo que hablarán las acciones. No resulta un don mayor, porque se lo acompañe del estrépito. Quien lo puede todo, necesita proceder cual si nada tuviera. El soberbio se hace detestar hasta en lo amable. Nunca la bondad mía será tan cruel que os done presentes perniciosos y os haga ofertas temerarias. Más bien consideraré, cuando algo deba concederos, la conveniencia vuestra en aceptarlo que la conveniencia mía en ofrecerlo. La virtud tiene sus límites que no debe uno desconocer, pero que tampoco traspasar. No pidáis nunca todo aquello que, una vez alcanzado, debáis aborrecer ó despreciar. Se necesita en el conceder y en el aceptar una constante reciprocidad. Los beneficios caen al suelo, como las pelotas, no siendo igualmente diestras la mano que los lanza con generosidad y la mano que los devuelve en agradecimiento. La suerte del imperio pende por completo de la disciplina del ejército, y la suerte del ejército pende por completo de la estabilidad del imperio. Procurad vosotros que la obediencia perdure ahí en vuestras filas, y procuraré yo que la autoridad y el poder á la vez perduren aquí en mis alturas. Desechad todo cuanto pueda divertirlos del placer. Si el gran Escipión, debelador de África y España, no cerrara tantas tabernas, nunca en verdad abriera tantas brechas. Vencieron á Yugurta los soldados de Metelo, más que por su audacia, por su sobriedad. No morderán vuestras espadas á los enemigos si dejáis de templarlas en la sangre de los subordinados y de los rebeldes. Postumio inmoló á su hijo indisciplinado, y aunque las paternas lágrimas le cegaron hasta no ver con sus ojos el sacrificio que autorizaba con su presencia, el alma lo estimó á la continua en todo cuanto valía. Cincinato depuso á Minucio del consulado porque aguardó al enemigo tras trincheras de súbito erigidas y no tras la eterna virtud romana. Ruliano ganó una victoria y le azotaron, porque había partido en guerra sin la correspondiente orden superior. Fabio Máximo en Celtiberia cortó las manos á los desertores para escarmiento y en-

señanza de todos. Mi abuelo Germánico alcanzó triunfos en la región alemana, donde se perdieran Varro y sus legiones, porque unió á la fuerza y el poder la consideración á todo y la dulzura con todos. Obedecedme, soldados, vosotros á mí, seguros de que obedeceré yo á los dioses.

— ¡Magnífico, magnífico, magnífico! — exclamaron todos cuantos allí estaban, menos Octavia y Británico, los cuales, como verdaderos hijos, únicamente se acordaban de honrar el cuerpo de su padre y llorarle con amargura verdaderamente acerbísima.

— Con tal arenga — dijo Vitelio — ya puedes ir, Nerón, ante todos los ejércitos del mundo. Afuera, pues, afuera.

— No, todavía no — dijo Agripina.

— ¿Cómo es eso? — preguntó Vitelio.

— El día de hoy es día nefasto.

— ¿De veras?

— De veras.

— Pues ¿no decías antes que tu voluntad supera los horóscopos?

— A la magia no hay que darle mucho, pero tampoco quitárselo todo.

— Sea en buen hora.

— Faltan minutos para que tras el día nefasto venga el fausto; y no es cosa de arriesgarnos á correr crueldades horribles del destino por meras pueriles impaciencias del deseo.

— Entonces diremos á los senadores que no se apresuren á congregarse.

— Justo.

— No interrumpiremos las rogativas hechas ahora por todos los magistrados en todos los templos para que sane un muerto.

— No las interrumpiremos — dijo Agripina. — Antes bien, digamos que mejora el enfermo mientras se apercebe á salir el sucesor. Los pretorianos están apostados en sus respectivos sitios dentro del palacio; la guardia germánica se dilata en todas direcciones al pie del Palatino; nada se ha cambiado; ninguna señal de luto y duelo se ha puesto aún en la fachada donde brillan la corona cívica de Augusto junto con la naval corona de Claudio. Esperemos que pasen las horas nefastas, esperemos. No conviene adular á los dioses, pero tampoco irritarlos.

— Prepáralo todo bien, Agripina — dijo Vitelio. — No te olvides, no, de que Narciso está cerca y puede venir á marchas dobles, á pesar de haber mandado tú lo aseguraran, y volvemos lo de abajo arriba con su influencia sobre la corte imperial, sobre la guardia pretoriana, sobre la ciudad entera. Británico tiene muchos partidarios hasta en los soldados. El mal que nosotros le hemos hecho lo exalta mucho á los ojos de gentes muy propensas al entusiasmo y á la compasión. Claudio adolecía de muchos defectos, pero también le aventajaban en el ánimo popular muchas y muy buenas partes de su natural bondadoso. La memoria de tu primer marido Eneobarbo no abona mucho á su cachorro. Por otra parte, un pueblo tan levantisco cual éste prefiere los príncipes dotados de mucha sangre imperial á los príncipes, como Nerón, que sólo tienen de su madre tal sangre. Apresúrate, apresúrate, pues pudieras topar con alguna dificultad insuperable. La república no muere nunca en el suelo romano. Aun aquellos enlazados, como yo, al imperio por tan fuertes y hondas raíces, la echamos de menos y nos dolemos á diario de su ausencia irremediable. Nota cómo los estoicos y los republicanos pululan hasta en tu corte. La poesía épica de tu imperio es una poesía republicana, que entona un predilecto de tu hijo, Lucano, quien se cree por su inspiración misma comprometido con las instituciones muertas y no abandona por un momento el plañido elegíaco á su muerte y la profética esperanza de su resurrección. Como tenían Mecenas y Augusto que sufrir los fanfarroneos republicanos de Horacio, tienes tú que confiar á manos acostumbradas al puñal de Bruto las oraciones que deben decirse al oído del pretoriano para persuadirle á sostener con su lanza el imperio. A cada interregno se acuerda el pueblo rey de que ha reinado sobre la humanidad; y busca en el suelo, donde ha caído, la corona llevada por sus césares en vida y que quisiera guardar él después de la muerte de cada cual. No se me oculta la decadencia en que ha caído y la falta completa de fuerzas para comenzar ejercicio tan de hombres fuertes, como el ejercicio de la libertad y del derecho, abandonados á merced y arbitrio de los césares. Pero si en los pueblos esclavos no es nunca temible la reivindicación de una constante libertad, es temible un estallido de la horrible anarquía semejante á un acceso de fiebre. Huyamos de los interregnos.

— Vamos entrando — dijo Agripina — en las horas faustas. No tenemos ya otro peligro sino que Británico se presente á las tropas antes que Nerón. Yo lo impediré con todos los medios imaginables, hasta con la fuerza. Id todos acompañando al hijo mío. Que á un lado lleve tu persona, Vitelio, representándome á mí, y á otro lado lleve la persona de Séneca, representando la virtud y la ciencia.

— No te olvides, Agripina, por todos los dioses, de realizar bien tus planes; no te olvides, no, de retener á Británico y destruir á Narciso.

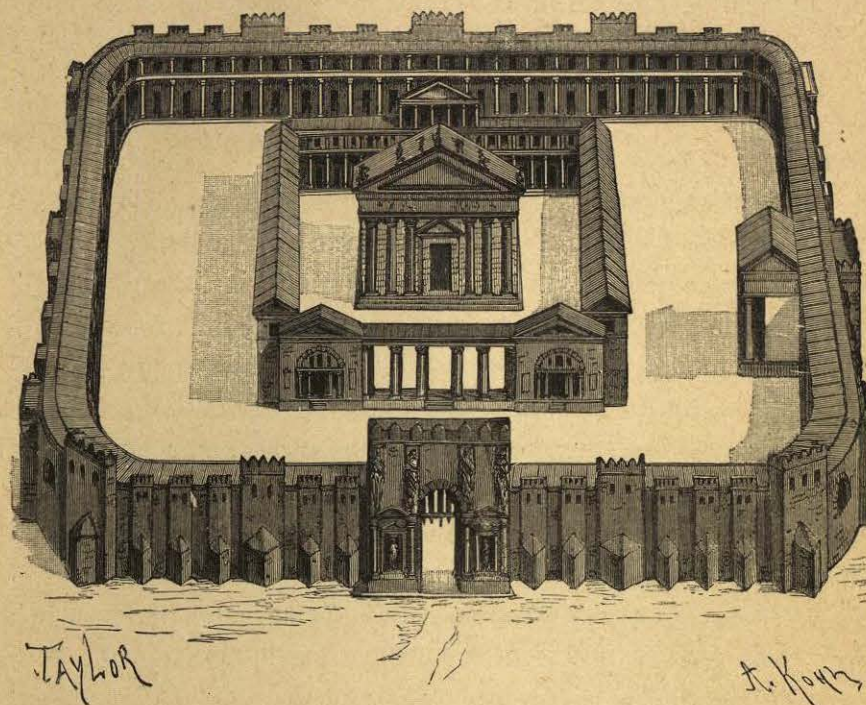
Tras estas palabras, el privado imperial Vitelio y el filósofo cortesano Séneca se pusieron en marcha con el joven candidato, saliendo de la estancia; lo cual, advertido por Británico, á pesar de su duelo verdadero y profundo, le movió á salir también para recordar sus títulos imperiales á la corte y al Pretorio y al Senado. Mas no contaba con la huésped, no contaba con la madrastra, quien, al verlo partirse, le cerró el paso, no con amenazas y menos con violencias, con verdaderas caricias. Toda la frialdad marmórea de los primeros minutos, de cuando arreglaba las minucias conducentes á sacar del crimen su resultado requerido por ella con tanto empeño y preparado con tanto arte; toda la frialdad increíble de entonces tornóse ahora fuego, derritiéndose la fría estatua en mares de lágrimas. Con una fuerza hercúlea echó los dos brazos al cuello de su entenado y lo retuvo inmóvil so la pesadumbre de tamañas cadenas. En vano quería desasirse Británico. Cuanto más él forcejeaba, más ella lo retenía, y cuanto más lo retenía, menos probabilidades tocaban al cuitado de augurar aquel infame despojo apercebido desde lejos y desde arriba con tales y tantos crímenes. Besos á millares, diluvio de lágrimas, amargos sollozos, expresiones de amor maternal, promesas de dádivas y de honores, abrazos continuos, todo cuanto podía deslumbrar al infeliz y allí retenerlo, todo lo empleó Agripina con aquella maestría en sus conjuraciones eternas adquirida, y con aquella profusión de medios en que nadie podía superarla, pues así urdía telas de araña cuando iba tras las moscas, cual zarpazos y dentelladas de leona cuando iba tras los fuertes. Imposible coger lo que decía en aquel monólogo compuesto de interjecciones varias, de sollozos entrecortados por súbitos desmayos, de besos múltiples y resonantes acompañados por

suspiros intensos, de frases amargas y plañidos luctuosos unidos á encarecimientos de amor y á transportes maternos en tanto número y con apariencias de sinceridad tan ingenua, que quien desconociera su temperamento y su historia, de seguro la tomara por una viuda ejemplar, resuelta, como Artemisa en sus dolores, á consagrarse al culto de su esposo, y como una madrastra tocada por los dioses en el corazón, decidida en las exaltaciones de su pasión á ser una verdadera santa madre. Pero el mozo, comparable á un gamo malherido y á un pájaro en la red puesto y á un pez del agua sacado, hacía esfuerzos para desasirse de aquellos apretados nudos y tornaba nuevamente á caer en la red, en el lazo, en la trampa que le había tendido aquella desalmada mujer para mejor arrancarle de las sienas una corona que deseaba para las suyas en su ambición, y que, no pudiendo en realidad ostentarla por mandato de las leyes, cedíala con aparente amor de madre á su cachorro, por creerlo el único capaz de no quedarse con ella y no disminuirle un ápice del codiciado usufructo. Con un poco más de resolución Británico quizás rompiera las mallas donde se hallaba cogido. Pero á semejanza de su padre Claudio, tenía, entre sus defectos capitalísimos, la irresolución; y cuantos arrestos tuviera en su vida, ya en esta historia vistos, provenían del soberano impulso de una inteligencia tan alta y de una voluntad tan firme como la inteligencia y la voluntad de su guía, el liberto Narciso. Además, por muy varonil que sea un ánimo, cede ó sucumbe á la certeza de un peligro evidente, y ninguno tan cierto ni tan próximo ni tan terrible como que un paso fuera de la estancia le costaba con seguridad á Británico la vida. Y se quedó allí, mientras Nerón iba en pos de la corona.

Mientras tanto Nerón iba camino de los cuarteles, acompañado, como hemos dicho, de Vitelio y de Séneca. Mas no podía en los cuarteles entrar sin antes convencerse y cerciorarse de que podía contar con la guardia de dentro del propio palacio y con la legión germánica en la raíz del Palatino acampada. Estaban tendidos los pretorianos, como en parada, de dos en dos. Por algunos salones, considerados como puntos estratégicos, había decenas de ellos en grupos animados y curiosos. Ganada esta gente, ganábase con seguridad la gente de fuera, porque la legión más pode-

rosa é influyente había de ser por necesidad la legión más próxima de los césares y por los césares más agasajada, sobre todo en estos instantes supremos. Nada hubiera hecho Augusto con todos sus títulos á la herencia del divino César, si Agripa no le sujeta las legiones y no las rinde y somete á su imperio; nada Livia por Tiberio, tras cultivar su ascensión al mando por modo tan extraordinario, si no apoya su fina mano de mujer en los hombros de la guardia pretoriana y sobre los hombros de la guardia pretoriana no levanta el poder de su hijo; nada Calígula, si junto al cadáver de Tiberio, en la orgía última del reinado de éste, donde muriera y acabara, no levantan los soldados la corona del mundo con sus lanzas y no la echan sobre las sienes del joven demente; nada Claudio, si los jefes del Pretorio, muerto Calígula, no suben á los desvanes del palacio y no sacan entre las esteras, lleno de telarañas y asustado por los ratones, al nuevo divino César. Penetradísimos de tal verdad así Vitelio como Séneca, imaginaos cuántos gestos y palabras y ademanes y actitudes de captación cortesana no sugerirían al maniquí que llevaban desde la cámara fúnebre al trono imperial. Saludos de cabeza, manoteo de felicitaciones, gestos hasta de súplica, inclinaciones de la espina dorsal en cortesías innumerables, alguna que otra genuflexión como delante de un ídolo, promesas henchidas de esperanzas, cuanto puede arbitrar la captación más desvergonzada, otro tanto disponían aquellos dos áulicos, deslizándolo á una en las orejas del cuitado para que moviese sus músculos y sus nervios y sus fibras á tales empujes de la voluntad ajena que tiraban todos á entregarle la dirección del planeta. Siempre que había de hacer algo Nerón por sí mismo y sugerido por los demás, desplegaba en su papel aprendido aquellas incomparables disposiciones de actor consumado que caracterizaban su persona y que le distinguieron tanto en su vida y que han pasado á la historia con tan prolongada resonancia. Las triples fascinaciones que por ley natural ejercen sobre todo público un actor tan perfecto como Nerón, un ministro tan influyente como Vitelio, un sabio tan profundo como Séneca, dieron los resultados preconcebidos por Agripina y captaron la voluntad de los guardias. Algunos, entre ellos, fieles al culto de Claudio y de sus hijos, vociferaron, más en son de pregunta que en son de proclama, el pres-

tigioso nombre de Británico; mas la mezcla del terror que inspiraba la presencia del intrigante Vitelio con la esperanza que inspiraba la presencia del filósofo Séneca destruyeron todos estos conatos de fidelidad al desgraciado príncipe y ahogaron todas



Cuartel de los pretorianos

estas voces de disentimiento con Nerón, imponiendo, más por medio del raciocinio que por medio del entusiasmo, la persona del nuevo emperador á la muchedumbre militar. Aceptado el príncipe con serena conformidad por la guarnición de palacio, tenían que aceptarlo con entusiasmo delirante, por engendro de Agripina y nieto de Germánico, los legionarios alemanes. Y como éstos se hallaban entre los palacios del César y los cuarteles del ejército, su entusiasmo contagió á los soldados que podrían creerse indecisos, y la deseada proclamación se verificó allí donde radicaba su verdad, que por desgracia era donde radicaba también la fuerza. El Senado venía después; mas como quiera que lo hubiesen reducido á una mera corporación de aparato imperial y á un mero museo de arqueología política, no se apresuraron mucho los pretendientes,